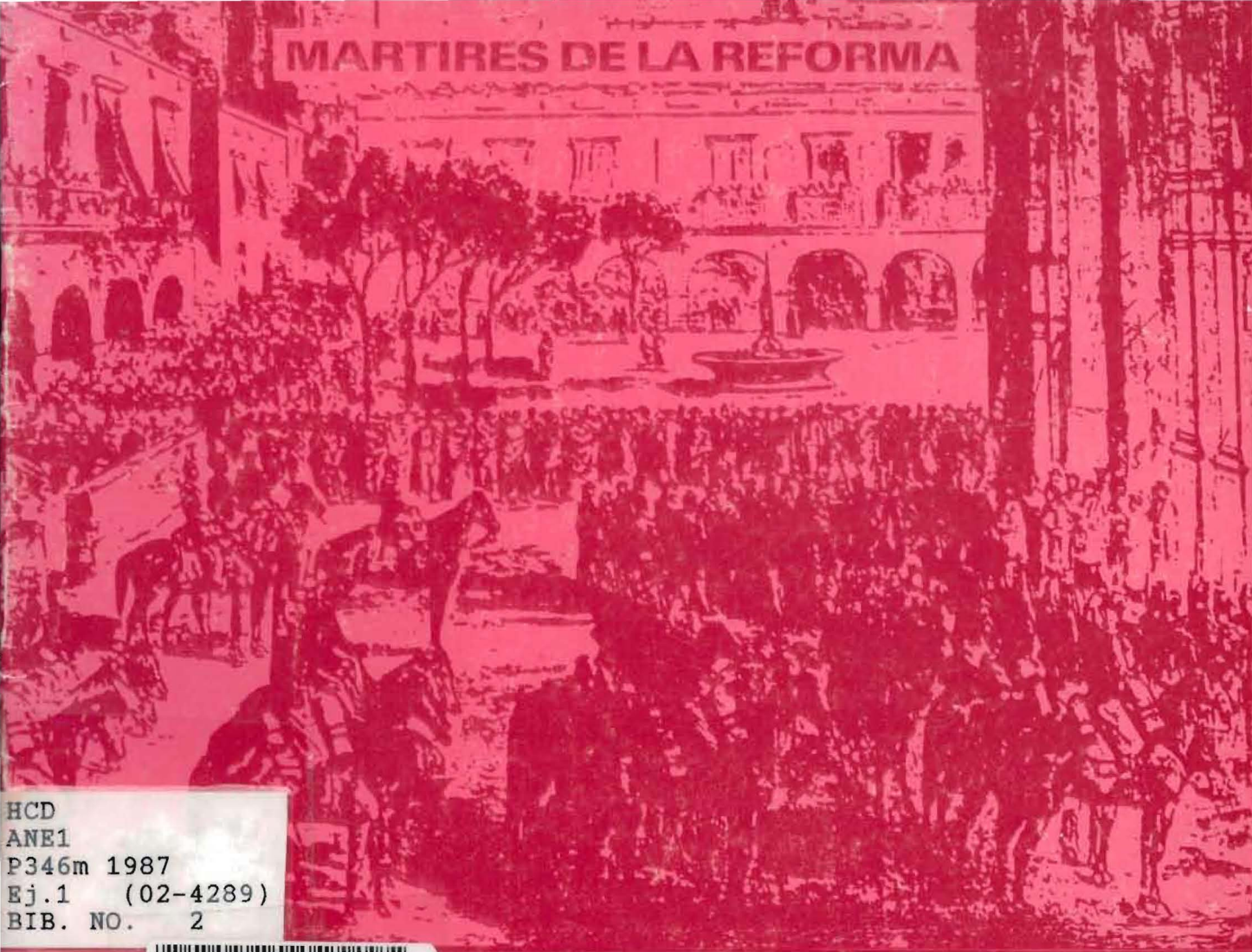


MARTIRES DE LA REFORMA



HCD
ANE1
P346m 1987
Ej.1 (02-4289)
BIB. NO. 2

MAN
PAYNO



02-4289

Melchor Ocampo

*Como un homenaje a quienes
dieron su vida a cambio de una nación,
la LIII Legislatura de la Cámara de Diputados
edita la serie “Mártires de la Reforma”,
entregándola para su memoria,
a la conciencia nacional.*

*Dip. Lic. Nicolás Reynés Berezaluce
Presidente de la Gran Comisión
de la Cámara de Diputados*

97153
54
2CR-

MARTIRES DE LA REFORMA

Melchor Ocampo

MANUEL PAYNO



BIBLIOTECA DEL H. CONGRESO
MEXICO, D.F.

Adq. *FCD* 02.4289

Clasf. *AWE1*

Cotter *P 346 III*

Núm. *127*

BIBLIOTECA LEGISLATIVA
INVENTARIO
2008-2009

INVENTARIO 2015

1. Campesino, México, 1814-18

Una emboscada

Una noche, cerca de las once, don Melchor Ocampo salía de la casa de una persona con quien tenía íntima y respetuosa amistad. Cuando cerró tras sí la pesada puerta del zaguán, un hombre, embozado hasta los ojos con un capotón negro, pasó rápidamente, y después otro. Ocampo no hizo caso y siguió lenta y tranquilamente hasta la esquina. Atravesó la bocacalle, y entonces advirtió que los dos embozados se habían reunido y marchaban delante a pocos pasos, a la vez que otros dos venían detrás, a algunas varas de distancia. Comprendió, aunque tarde, que había caído en una emboscada. Si retrocedía a la casa de donde salió, o seguía a la suya, se hallaba siempre en el centro. Registró maquinalmente sus bolsas y encontró que no tenía armas; pero sí un reloj de oro, unas cuantas monedas y un lapicero. Siguió su camino derecho, pero muy despacio y sin dar muestra alguna de que había observado a los que le seguían, y decidido a entregarles el reloj y el poco dinero que traía.

¡La rara casualidad! En todo el largo tránsito que la vista podía abarcar no había ningún sereno, ni un alma se encontraba en la calle. En este orden, Ocampo y los embozados caminaron dos o tres calles, y Ocampo se creyó en salvo cuando divisó ya a pocos pasos la luz de su habitación. Llegó por fin a la puerta, tocó, y con la prontitud que acostumbraba, el portero le abrió; pero notó, con la poca luz que pudo entrar de la calle, que el portero estaba también embozado. Esto podía ser una casualidad, Ocampo vivía solo, y aunque preocupado y curioso, subió a su habitación sin miedo alguno. Al entrar en el pequeño salón encendió una luz y se encontró sentados en el sofá a otros dos embozados. Ocampo sonrió entre resignado y colérico.

Señores, si es para broma, basta ya —les dijo—. Yo no he gastado bromas con nadie, pero bien se puede permitir a los amigos que se diviertan alguna vez, y si es alguna otra cosa, acabemos también. La casa y todo está a disposición de los que no tienen valor para descubrirse la cara.

Al decir esto, echó a los pies de los embozados un manojo de llaves pequeñas, arrimó un sillón y se sentó.

Uno de los embozados se inclinó, tomó las llaves, encendió otra vela y se dirigió a la alcoba y a las demás piezas de la casa. A este tiempo los embozados de la calle se presentaron a la puerta del salón.

—Lo había adivinado —dijo Ocampo con voz firme—. Este es un golpe de mano de acuerdo con el portero. Lo siento, porque le tenía yo por hombre honrado. Advertiré a ustedes —continuó dirigiéndose a los embozados— que sin duda han recibido malos informes de mi portero, y se han pegado un buen chasco. Yo no soy hombre rico, y aunque lo fuera, aquí no tengo gran cosa. Encontrarán ustedes cincuenta o sesenta pesos, alguna ropa que no vale mucho, y libros que no han de servir a ustedes de nada, porque si tuviesen amor a la lectura, seguramente no tendrían afición al robo. Acaben, pues no vale la pena de que pierdan así su tiempo ni me desvelen. Tengo sueño.

Los embozados contestaron con una respetuosa cortesía y se sentaron; sólo uno de ellos se dirigió a las otras piezas. Al cabo de algunos minutos, los dos hombres que habían entra-

do a registrar salieron con un baulito de viaje y un legajo de papeles.

Ocampo volvió a sonreír.

—Otra equivocación, tal vez —les dijo—. Creerán que yo tengo papeles reservados. ¡Qué error! Todo lo que ustedes traen no contiene más que apuntes sobre diversas plantas de Michoacán, y sentiré mucho que se extravíen.

Los embozados, al oír esto, descansaron el baúl en el suelo, lo abrieron y metieron cuidadosamente los papeles.

—Esto sí es singular —pensó Ocampo; y luego, dirigiéndose a ellos, les dijo —: Como habrán ustedes observado, no tengo miedo, ni menos trato de armar escándalos ni de procurar que la policía intervenga. Esto sería lo más molesto para mí. Deseo únicamente que ustedes me digan lo que tengo yo que hacer, y que ustedes hagan breve lo que les convenga, y me dejen en paz. Les aseguro que en el acto que se marchen, me acuesto en mi cama y no vuelvo a ocuparme más de lo que ha pasado.

El hombre misterioso

Uno de los embozados se descubrió. Era un hombre de una fisonomía dura, y se podía reconocer al momento que lo que dijese lo llevaría a cabo irremediablemente. Ocampo le examinó de pies a cabeza con mucha sangre fría, y no pudo reconocer quién era, si bien recordaba haber visto quizá esa misma figura en alguna otra ocasión.

—Supongo que no me he equivocado y que usted es el señor don Melchor Ocampo —le dijo el hombre misterioso.

—Jamás he negado ni negaré mi nombre en ninguna circunstancia de mi vida; pero ahora me permitiré saber por qué razón me veo asaltado por gentes que se cubren el rostro. ¿Se trata de algún atentado?

—Tiempo hemos tenido para cometerlo —le respondió el desconocido con alguna dureza.

—¿Pues, entonces?

—Aquí están las llaves de los roperos. Hemos encontrado un baúl a propósito, y hemos acomodado en él únicamente la

ropa necesaria. El dinero que estaba en una tabla del ropero, y todo lo demás, queda en el mismo estado, y tendríamos mucho gusto si el señor Ocampo pasa a cerciorarse de que lo que digo es la verdad.

— Me doy por satisfecho.

— Entonces —dijo el hombre misterioso—, el señor Ocampo tendrá la bondad de seguirme.

— Y si no es mi voluntad, ¿qué sucederá? —preguntó Ocampo con calma.

No quisiera yo que llegáramos a ningún extremo, y sentiría deveras hacer cualquier cosa que pudiera ofender a usted.

Ocampo se puso un dedo en la boca, bajó la cabeza y se quedó pensando un rato, y luego dijo:

— Creo comprender perfectamente, y como un caballero, protesto que sin oponer resistencia alguna estoy decidido a seguir con toda calma esta aventura. Vamos. . . supongo que se me permitirá tomar un abrigo.

— Había ya pensado en ello, pues la noche está un poco fría

—respondió el hombre presentándole una capa que tenía en el brazo.

Ocampo se embozó en ella, entró a sacar de su ropero el dinero que tenía, y tomando la delantera bajó él primero. En el patio estaban los otros hombres embozados, y el cuarto del portero oscuro y silencioso.

Echaron a andar por las calles solas y lúgubres, desperdigándose y colocándose a ciertas distancias los embozados, mientras el hombre con quien Ocampo había tenido el diálogo que acabamos de bosquejar, le tomó del brazo y marchaba unido con él, como si fuera su íntimo amigo. Así llegaron hasta el barrio escampado y triste de San Lázaro, sin haber atravesado una sola palabra en todo el camino. Cerca de la garita estaba un coche con un tiro de mulas. La portezuela se abrió, y Ocampo, el hombre misterioso y dos más, subieron al carruaje. Contra las prevenciones usuales de la policía y de la aduana, las puertas de la garita se abrieron y el coche pasó, tomando el camino de Veracruz. En el tránsito Ocampo recibió todo género de atenciones de sus compañeros.



ros, que se descubrieron naturalmente, pero a los cuales no pudo reconocer. Los alimentos eran buenos, dormían en las mejores posadas; pero evitaron la entrada a Puebla y a Jalapa. Llegaron a las afueras de Veracruz una tarde a la hora del crepúsculo. Se dirigieron a pie al muelle e inmediatamente se trasladaron a una barca que estaba ya con las velas henchidas y el piloto a bordo. Antes de anochecer sopló un viento favorable, y a la medianoche apenas distinguían ya el faro de San Juan de Ulúa. A los sesenta y cinco días llegaron a Burdeos.

— Antes de que nos separemos — dijo el hombre misterioso a Ocampo — quiero pedirlos perdón. He tenido que cumplir un encargo difícil, y lo he hecho de la mejor manera posible. Ninguno de nosotros ha traspasado los límites de la buena educación, y me atrevo a creer que nuestra compañía no ha sido tan molesta como era de esperarse, atendida la situación en que nos hemos encontrado.

— Los viajes y los matrimonios deben hacerse repentinamente — dijo Ocampo con cierto acento irónico —; pero en verdad, yo no estoy enfadado con ninguno de ustedes. Me

resta preguntar qué es lo que me falta por hacer, y si la compañía de ustedes debe aún continuar algún tiempo más.

— Aquí nos debemos separar, y sólo espero que en cambio de nuestros cuidados nos prometa usted no pasar a tierra, sino hasta que haya salido aquel barco que cabalmente comienza a levantar sus anclas. Aquí está una cartera que suplico a usted reciba y no abra ni examine hasta que se halle instalado en la posada que elija en Burdeos.

— Prometí seguir lo que los mahometanos llaman el destino, y a nada me opongo — contestó.

Los hombres estrecharon cordialmente la mano de Ocampo y con sus ligeros equipajes se trasladaron al barco que habían indicado, el cual antes de dos horas había ya salido del puerto y perdiéndose entre las ondas y el horizonte de la mar. Ocampo desembarcó entonces y se dirigió al hotel que le pareció más modesto y apartado del centro. Allí abrió la cartera y se encontró con una orden de una casa de comercio de México a otra de París, para que pudiese disponer de una mesada equivalente a 250 pesos. La cartera, además, tenía

otro papel escrito con una letra que quizá no fuera desconocida para Ocampo, en que se le aconsejaba que viajase, que observase el mundo y que no volviese a México sino cuando personas que se interesaban sinceramente por él se lo indicasen.

Un duelo

Esta aventura la refirió a mi padre una persona respetable y formal, y yo no he hecho más que evocar recuerdos que, aunque de época lejana, se conservan frescos y vivos en mi memoria. No salgo garante de la verdad, de la cual tuve el mayor empeño en cerciorarme.

Muchos años después, y platicando yo familiarmente con Ocampo, hice rodar la conversación sobre los viajes, y me atreví a preguntarle si era cierto lo que había oído referir respecto a su primer viaje a Europa. Ocampo sonrió de la manera triste y sarcástica que le era peculiar, y desvió la conversación preguntándome si conocía yo una flor que, aunque se la daban por nueva, era originaria de México y muy conocida de todo el mundo. Comprendí que no debía instarle más; pero sí me llamó la atención el que no me dijese que era una fábula lo que se contaba. Así, ni negó ni confirmó la narración.

El hecho fue que Ocampo permaneció muchos meses en Francia, que probablemente no hizo uso de la carta de crédi-

to, pues vivió no sólo con economía, sino hasta con miseria, y se dedicó a estudiar las ciencias naturales, y con especialidad la botánica, en la que fue muy notable.

Otra anécdota ha llegado a mi noticia, y quien pudo conocer el carácter de Ocampo no dudará de ella. Entró una noche en Burdeos a un café donde acostumbraba tomar un frugal alimento. Sabía ya y entendía perfectamente el francés, y habiendo oído decir algo de México, fijó la atención en un grupo que se hallaba a poca distancia. Entre otras cosas graves e injurias relativas a México, uno de los tertulianos fijó esta proposición general:

— Los mexicanos todos son ladrones.

Ocampo se levantó de su asiento, y dirigiéndose al grupo, dijo en muy buen francés:

— Señores, alguno de ustedes ha dicho que todos los mexicanos son ladrones. Yo soy mexicano, y con mi conciencia les aseguro que no soy ladrón; en consecuencia, el que ha sentado tal proposición, ¡miente!

Ocampo se retiró lenta y tranquilamente a su asiento y siguió tomando su café.

Entre los del grupo hubo un momento de silencio y de estupor; pero a poco comenzaron a discutir y a vociferar. Ocampo les volvió la espalda en señal del más soberano desprecio. Ya no pudieron sufrir, y uno se levantó, y dirigiéndose a Ocampo, le dijo:

— Espero que mañana, antes de las seis, os presentaréis aquí con vuestros testigos.

— Ahora mismo es mucho mejor, y dos de los señores serán mis testigos.

Dos de los concurrentes se levantaron, estrecharon la mano a Ocampo y se pusieron a su disposición.

— ¿Cuáles son vuestras instrucciones?

— Todo lo que queráis convenir lo acepto sin observación alguna.

Al día siguiente, en un lugar aislado y apartado de Burdeos, tuvo lugar el duelo, Ocampo, que era menos diestro en la

esgrima, salió herido y tuvo que estar en cama cerca de un mes. Su adversario le visitó y le satisfizo amplia y públicamente. Otros refieren que hubo un segundo encuentro, en que el adversario recibió una herida grave; pero de una manera o de otra, Ocampo dejó bien puesto su honor y el de la patria. No vaya a creerse que era espadachín, pero sí un hombre muy pundonoroso y delicado, y cuando creía tener razón y obrar conforme a su conciencia y a su deber, no conocía el miedo.

El bien y la libertad

Algo más hay que contar de la vida privada de Ocampo. Tocóle en herencia una grande y productiva hacienda de campo en el estado de Michoacán, que se llamaba Pateo. Era aún muy joven, y de pronto no se le juzgó a propósito para la dirección de sus propios negocios. A los pocos días de haber recibido sus bienes, dio pruebas evidentes de su aptitud, y más que todo de su rara probidad.

La finca era extensa y valiosa; pero reportaba muchos gravámenes, y había, además, una cantidad de deudas pequeñas que satisfacer. La primera providencia de Ocampo fue llamar a todos sus acreedores.

—Esta hacienda —les dijo— es más bien de ustedes que mía. Examíenla a su gusto, y convengamos en la parte de ella que cada uno quiera tomar para pagarse su deuda.

La mayoría de los acreedores consentían en renovar las escrituras, Ocampo rehusó y quiso pagar. Los acreedores eligieron convencionalmente las fracciones que les pareció,

y quedó a Ocampo un potrero sin casa ni oficinas. Sus acreedores se mostraron satisfechos y fueron pagados, y él comenzó materialmente la vida ruda y laboriosa del colono.

Fijó su residencia debajo de un grande y frondoso árbol, que todavía existe, y ayudado personalmente de los sirvientes que le eran adictos, comenzó a levantar una casa pequeña, a cavar las zanjas, a formar las cercas, a establecer las tierras de labor, a formar, en una palabra, de una tierra salvaje una hermosa propiedad, que literalmente regó con el sudor de su frente. En el transcurso de pocos años había ya una casa modesta, pero cómoda; un jardín cubierto de las flores más exquisitas, y unas tierras de labor benditas de Dios, y abonadas con el sudor y el trabajo de un hombre honrado, y no solamente admirador de la naturaleza, sino muy inteligente en la agricultura. A esta nueva propiedad le puso por nombre Pomoca, anagrama de su apellido.

Vulgarmente se decía: "Ocampo es un hombre raro". En efecto, no era común, y en este sentido había razón para calificarle así.

Tenía un sistema de filosofía peculiar que no pertenecía realmente a ninguna de las escuelas antiguas ni modernas. Era el conjunto de todas ellas, modelado en su propio cerebro, con independencia de toda preocupación. Ocampo pensaba en la misión del hombre sobre la tierra, y para él esta misión era la de hacer el bien y propagar la libertad en toda su mayor y más aceptable latitud; así, la política tenía necesariamente que formar parte de sus creencias íntimas. ¡Pueden hacer tanto bien los gobiernos! ¡Pueden proporcionar una suma de libertades tan apetecibles y preciosas! El constituir una parte de esta entidad, que podía dispensar los más grandes beneficios a la sociedad, era para un ciudadano un grande honor y un motivo de legítima aspiración. He aquí el aspecto bajo el cual Ocampo miró siempre las cosas públicas; y no hacemos más, sino recordar hoy muchas de las conversaciones que tuvimos con él.

Con unos precedentes tan sinceros y generosos jamás pudo entrar en sus ideas, ni aún remotamente, ni la consideración de un sueldo, ni el deseo del mando, ni la necia vanidad de figurar. Desde el momento en que se persuadía que no podía

hacer el bien en un puesto público, lo dejaba positivamente, y omitía esas fórmulas y esas ceremonias propias de los que no obran con la firmeza de una conciencia ajena a todo interés.

Ocampo escribió para el público menos que otros muchos hombres distinguidos del partido liberal, y sin embargo, ejerció en su época mayor influjo que ellos en la marcha de las cosas políticas. Cuando se establecía en México el gobierno conservador y dictatorial, o era perseguido y desterrado, o desaparecía de la escena pública y se encerraba en su hacienda a leer o estudiar, y a cuidar sus pocos intereses, que tenía en un perfecto estado de orden. Cuando triunfaba el partido liberal, inmediatamente era llamado a ocupar algún puesto distinguido. Se prestaba a servir los cargos populares o políticos; jamás quiso recibir ningún empleo, aun cuando le instaron para que aceptara muchos y muy buenos, entre ellos el de director del Montepío.

Así, fue gobernador de Michoacán, cuyo estado ha añadido el nombre de Ocampo a su antigua denominación tarasca. Gobernó bien, puso en práctica sus doctrinas de libertad;

fue, como en todos los actos de su vida, escrupulosamente honrado y delicado, y se puede asegurar que jamás tomó un solo peso que no fuese adquirido con su personal trabajo.

Fue llamado al ministerio de Hacienda en marzo de 1850, durante la administración del general Herrera. En octubre de 1855 entró a desempeñar el ministerio de Relaciones, siendo Presidente el general don Juan Alvarez. En 1858 volvió a desempeñar el mismo ministerio, siendo Presidente el señor Juárez, y en 1859 y 1860 estuvo encargado al mismo tiempo de los ministerios de Guerra y Hacienda.

Fue en esta última época cuando desplegó Ocampo toda la energía de que era capaz y, participando de los inconvenientes y peligros de toda la época tormentosa de la guerra de Reforma, firmó en Veracruz el célebre manifiesto del gobierno constitucional, y las leyes se expidieron unas tras otra hasta completar la serie de providencias y circulares necesarias para consumar la obra que había costado tanta sangre y tantos trastornos en los últimos años.

El asesinato de Ocampo

Triunfante el gobierno del señor Juárez, volvió con él a México el señor Ocampo; pero a pocos días fue organizado otro gabinete y el infatigable ministro de la Reforma, sin ninguna aspiración, sin llevar un solo peso, sin pretender, y antes bien rehusando todas las posiciones que se le brindaron, se retiró a su hacienda de Pomoca, donde se ocupaba de poner en orden sus negocios y en cultivar sus hermosas flores, que fueron el encanto de su vida.

Llevó a su hogar sus manos limpias. Ni el dinero ni la sangre les habían impreso algunas de aquellas manchas que, como dice Shakespeare, no pueden borrar todas las aguas del océano.

Los restos del ejército reaccionario, pasados los primeros momentos, volvieron a aparecer con las armas en la mano; y en la República, que por un momento apareció tranquila, volvió a aparecer la guerra civil.

En la hacienda de Arroyozarco había un español llamado Lindoro Cajiga. Por motivos más o menos fundados, que no es del caso calificar, se separó del servicio de los señores Rosas, y reuniéndose con un grupo de hombres desalmados, formó una de esas temibles guerrillas que han sido el espanto de las poblaciones pequeñas y de las haciendas de campo.

Un día, el menos pensado, se presentó Cajiga, en Pomoca y encontró a Ocampo desprevenido, inerme, confiado y tranquilo, en medio de sus hijas y de sus sirvientes. Bruscamente le intimó que se diera por preso; y a pie, y según se dijo con generalidad, tratándole de una manera indigna, le condujo hasta donde había una fuerza mandada inmediatamente por Leonardo Márquez, y que también estaba a las órdenes de Félix Zuloaga, que se decía Presidente de la República. ¿Lindoro Cajiga obró de su propia cuenta, o fue enviado expresamente por Márquez o Zuloaga? El caso fue que apenas este hombre respetable cayó en manos de estos jefes militares, cuando determinaron que fuese fusilado.

Ocampo no suplicó, no pidió gracia, ni aun algunas horas para disponer sus negocios; recibió con una completa calma la noticia de su próximo suplicio.

Pidió únicamente una pluma y una hoja de papel, y escribió en pocas líneas su testamento, con una mano tan firme y un carácter de letra tan regular y tan correcta como si en medio de su vida tranquila del campo hubiese estado describiendo las maravillas de la naturaleza.

Fue fusilado y colgado en un árbol el día 3 de junio de 1861, frente a la hacienda de Caltengo. Así terminó su carrera, a la edad de 47 años, uno de los hombres más distinguidos, más honrados y mejores de la República.





TALLERES GRAFICOS DE
LA CAMARA DE DIPUTADOS

